

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Para que allí venciese:
 El Señor fué mi honor y gloria mia:
 Él me salvó ¿Mas qué suave acento
 Dentro del tabernáculo resuena?
 Voz de júbilo llena
 Es del coro de justos, que contento,
 Con alegría santa
 Aplauda el triunfo, y la victoria canta.

Coro de sacerdotes.

La diestra del Excelso
 Mostróme su poder;
 Exaltóme su diestra;
 Ayudóme á vencer.

Ella me dió la vida,
 Yo ya no moriré,
 Sus altas maravillas,
 Alegre cantaré.

Corrijóme severo,
 Probar quiso mi fé:
 Mas salvóme la vida,
 Y ya no moriré.

David.

Abridme ya las puertas
 De santificación; que reverente
 Por ellas quiero entrar, y confesando
 Al Dios omnipotente, y alabando
 Su nombre, darle gracias. Siempre abiertas
 Estad, oh puertas del Señor Dios mío,
 Franqueando la entrada al justo y pío.

David ya en el templo.

A tí, Señor, deseo
 A tí solo alabar,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Pues solo tú (mi llanto
 Quisiste consolar.

Con olas y borrascas

Luchaba en alta mar:

Veniste á socorrerme,

Quisisteme salvar.

La piedra que los hombres

Quisieron desechar,

Sostiene el edificio:

La piedra es angular.

El sacerdote.

Prodigio es del Señor, en que admirados
 Su poder adoremos. Este día
 Que nos dá su bondad, regocijados
 Celebremos con fiesta y alegría.
 Y tú, gran Dios, ven ya, ¿qué te detiene?
 Salvo y próspero al fin por tí se vea
 Tu siervo; y el que viene
 En nombre del Señor, bendito sea,
 Y benditos vosotros. En el templo
 Donde el Señor reside,
 La bendición os damos á su ejemplo:
 Pues Dios es el Señor que nos preside
 Y ya su luz divina
 Con clara bendición nos ilumina.

Lavantad hasta el cielo los ramos,
 Pabellones frondosos formad,
 Donde alegres del Dios que adoramos
 Celebremos la gran majestad.

Con la palma y el mirto los ramos
 Con el sauce y el cedro enlazad,

Y al altar del Señor que adoramos
Sin recelo con ellos llegad.

David.

Yo, Señor, el primero
Seré que te dé cuenta, confesando
Que tú eres el Señor y dueño mio,
Dios apacible y blando.
Tú eres mi verdadero
Unico Dios, en tí solo confío:
Ensalzaré tu gloria,
Y grata mi memoria,
Siempre confesará de tus piedades,
Que entre las tempestades
Oíste mi lamento,
Y me sacaste á paz y á salvamento.

Coro.

Gloria al Señor del cielo,
Gloria por sus bondades,
Y porque sus piedades
Interminables son.
Publique en este día
Que duran sus piedades
Por eternas edades
La casa de Aaron.

La muerte de Absalon no ahogó por cierto todos los gérmenes de disencion ni en el pueblo, ni en la familia reinante. De una parte la escision que se habia producido en tiempo de Saul entre la tribu de Judá y las tribus restantes y que acababa de abrir tantas puertas á una tentativa de revuelta, habia dejado en todos los ánimos semillas de recíproca enemistad, y un pequeño incidente podia determinar una nueva conflagracion. No tardó, pues,

en verse de ello un ejemplo asaz alarmante. Todo Judá y una parte solamente de Israel se hallaban reunidos alrededor de David despues de la victoria, y quisieron volverle á Jerusalem. Pero los demas guerreros de Israel llegaron á su encuentro y se quejaron vivamente de que no se les hubiese esperado. «¿Por qué nuestros hermanos los de Judá se han precipitado tanto en hacer pasar el Jordan al rey y á los de su comitiva?» Y respondieron los de Judá: «Porque el rey nos pertenece mas de cerca. Mas ¿por qué os habeis de enojar por esto? ¿Por ventura hemos comido á espensas del rey, ó recibido de él algunos regalos?» Replicaron los de Israel á los de Judá: «Diez veces mas somos que vosotros para con el rey, y David nos pertenece mas que á vosotros. ¿Por qué se nos habia de hacer este agravio?» La queja, pues, fué animada y ardiente. Un hebreo, llamado Seba, de la tribu de Benjamin, tocó la trompeta de la insurreccion. «Nada tenemos que hacer con David, exclamó, no hay que esperar cosa alguna del hijo de Isaí, vuélvete, Israel, á tu casa.» Y determinó á todo Israel á retirarse á sus hogares, para prepararse en ellos á la venganza. Joab, empero, cortó muy presto el principio del incendio, dando la muerte al gefe de la rebelion, cuya cabeza le fué arrojada desde los muros de Abela, por los mismos á quienes él acaudillaba. Ved ahí el pago que suelen dar muchas veces los revoltosos á los mismos que promovieron la revuelta ó á los gefes que los acaudillan.

De otra parte, una nueva insurreccion y ambiasas intrigas vinieron á agitar aún los últimos años del rey. Si bien el trono hereditario era admitido ó como principio racional, ó como precepto positivo de Dios, que habia fijado el supremo poder en la casa de David; pero el órden de sucesion no estaba regulado ni por precedente alguno, ni por una ley formal. En tal estado, Adonais, á quien la mayoría de edad parecia dar cierto derecho por la muerte de Absalon, probó ceñirse desde luego la corona, ó porque se cansase de esperar esta porcion de la herencia paterna, ó porque temiese verla pasar á otro. Joab, dispuesto siempre á

toda empresa que pudiera aumentar su crédito, y el gran sacerdote Abiathar, de bullicioso carácter, tenían la mano en esta intriga. Reuniéronse los conjurados fuera de la ciudad, como queriendo celebrar una fiesta, para cuya reunion no fueron invitados los empleados de palacio, cuyas disposiciones no dejaban de inspirar alguna inquietud. El profeta Nathan, que era del número de las personas excluidas, tomó la resolución de atajar el desorden en su cuna; y á este fin invitó á Bethsabé á que hiciese valer los derechos de su hijo Salomon, recordando á David sus mas solemnes promesas. «Yo llegaré, mientras el rey os dará audiencia, añadió, y apoyaré vuestras razones para con el rey.» Realmente Bethsabé emprendió al rey, y le recordó sus palabras y sus juramentos: «Vos decíais en otro tiempo, Salomon, hijo tuyo, reinará despues de mí, y él se sentará sobre mi trono. Y ved ahí, que Adonais usurpa, sin vos saberlo, la dignidad real..... No obstante, todo Israel tiene fijos en vos los ojos y aguarda que le manifesteis quién deba sucederos en el trono. Y si no lo hacéis, tanto mi hijo como yo, seremos tratados como criminales, cuando el rey, mi señor, vaya á descansar con sus padres.» Llegó Nathan en aquel momento, y añadió á las blandas súplicas de Bethsabé la grave autoridad de su palabra: «¿No me habeis dado á conocer á mí, vuestro servidor, quien debía, despues del rey mi señor, sentarse en el trono?»

Renovó entónces David sus juramentos en favor de Salomon, y dijo á Bethsabé: «Vive Dios que ha librado mi alma de todo peligro, que así como te juré por el Señor el Israel diciendo: tu hijo Salomón reinará despues de mí, y él se sentará sobre mi trono en mi lugar, así lo ejecutaré hoy.» En efecto, inmediatamente mandó dar á su palabra y á los títulos de Salomon un carácter solemne y sagrado; y para prevenir las luchas que amenazaban ensangrentar la transición de un reinado al otro, mandó que se confiriese la unción real á su sucesor, y que sin retardo se proclamase su advenimiento, y con la mayor publicidad. Esta orden fué cumplida pronta y puntualmente. La ciudad se

llenó de movimiento. El jóven príncipe, rodeado de los grandes de la corte, montado en la caballería de su padre, fué conducido hasta la fuente de Gihon, y vuelto despues á palacio, sentóse sobre el trono de David, y le felicitaron con el pueblo el profeta Nathan, el sumo sacerdote Sadoc, Bananias y demas personajes, llenando los aires de alegres vivas, aclamaciones y al son de festivos instrumentos. El ruido de esta agitacion extraordinaria llegó hasta los oidos de los conjurados, que deliberaban todavía acabando su festin. Adonais en particular reconoció que toda su salvacion dependia de la clemencia del nuevo monarca. Fuese, pues, corriendo al pié del altar, á fin de atraer sobre su cabeza aquellas garantías de inviolabilidad que la mayor parte de los pueblos antiguos habian confiado á la clemencia sagrada de la religion, no para el crimen, sino para dar al encono obcecado el tiempo de la reflexion, y para suavizar la imprescindible severidad de la ley, haciendo meditar el pensamiento del cielo entre la justicia irritada y su víctima que tiembla. «Júreme hoy mismo el rey Salomon, decia, que no hará morir al filo de la espada á su siervo.» A lo que respondió Salomon: «Si fuere hombre de bien, no caerá en tierra ni uno de sus cabellos; pero si se portare mal, morirá.» Envió en seguida quien le sacase del altar á que se habia refugiado; y presentándose Adonais al rey Salomon, le hizo una profunda reverencia, y le dijo Salomon: «Vete á tu casa.» Así fué apaciguada esta segunda conmocion ántes que pudiese turbar el país y provocar la efusion de sangre; y puso fin tambien al reinado efectivo de David, añadiendo un anillo de mas á aquella dura y prolongada cadena de aflicciones que tuvo que arrastrar en todo el curso de su laboriosa vida.

Sin embargo, en medio de estas pruebas que penetraban hasta el fondo del alma al hombre privado, supo David hacer prosperar la causa pública con aquella inteligente solicitud y vastedad de miras que immortalizaron su reinado. El ejército, los réditos, la administracion general, el culto, recibieron y guardaron por largo tiempo el impulso que habia sabido darles con su hábil y experimentada

mano. Si el génio de un príncipe ha de medirse, no por la extension del territorio que está bajo el dominio de su cetro, sino por el partido que sabe sacar de las circunstancias, David en nada fué inferior á la mayor parte de los mas célebres potentados, y los hebreos pudieron con muchísima razon, conservar su memoria como guerrero y como político con aquella respetuosa admiracion que tan bien sienta á la superioridad. Cambió el sistema de ataque y de defensa que se habia adoptado en tiempo de los Jaeces, y hasta la época de Saul: en lugar de operar por tribus, obraba por masas, reuniendo las fuerzas del país en un cuerpo compacto, á fin de descargar siempre golpes decisivos. Así la victoria fué constantemente fiel á sus armas. Desde Josué la nacion luchaba sin cesar para extenderse hasta los límites previstos por su legislador, y para sentarse en ellos bajo la sombra de una posesion pacífica y no disputada. David acabó rápidamente este trabajo, extendió el hogar de la patria y realizó el plan de la conquista, estrechando á los filisteos contra el Mediterraneo, y llevando sus armas victoriosas al corazon de la Siria, y hasta las riberas del Eufrates. Con igual prudencia y sagacidad se portó con los pueblos enemigos: arruinó el poder de los que podian inquietarle: hizo alianza con los que podian serle útiles, y tomó con respecto á todos, una posicion que imponia el respeto. En una palabra, elevó la fortuna de Israel y le aseguró una considerable preponderancia sobre los estados vecinos, cuya recelosa envidia le habian tenido hasta entónces en una actitud temerosa y humillante. Tantos peligros arrostrados y vencidos, su pueblo triunfante y próspero, la proteccion del cielo asegurada á todas sus empresas, todo este conjunto de satisfacciones llenaron el alma de David de sentimientos inefables de gratitud que se derramaron en su pecho en raudales de encantadora poesía. ¿Qué boca humana se abrió jamás para hablar un lenguaje mas sublime que este canto lírico del anciano rey?

“Jehová es el peñasco y la torre de mi refugio: es mi libertador. Dios es mi ayuda, y yo esperé en él: mi escudo y la garantía de

mi salud: mi asilo, y yo estaré en seguridad: mi defensor, y me protegerá contra la injusticia. Invocaré al Señor con alabanza, y él me defenderá de mis enemigos.

“Cereado me han los horrores de la muerte: los torrentes de iniquidad me han rodeado de pavor. La muerte ha arrojado sus lazos en torno de mí, y me ha tenido debajo de su guadaña. En el seno de mi tribulacion invoqué al Señor, lancé clamores á mi Dios, y desde su tabernáculo ha escuchado mi voz, y mi clamor ha llegado á su oidos.

“La tierra se conmovió en sus cimientos y tembló, los fundamentos de las montañas se agitaron y bambolearon bajo ira de Jehová. Arrojaron humo por sus narices, y por su boca llama devoradora, y él dejó tras sí carbones encendidos. Bajó el pabellon de los cielos para descender, y una niebla sombría envolvía sus plantas. Llevado en alas de los querubines, tomó su vuelo y marchó sobre los vientos. Colocó en torno de sí la oscuridad como una tienda, velándose en las aguas que caian de las nubes. Con el resplandor de su presencia encendiése un fuego voráz.

“Desde el cielo Jehová hizo sonar su voz de trueno: la voz del Altísimo resonó. Lanzó sus flechas y dispersó al enemigo, y con su rayo lo devoró. Y los abismos de la mar aparecieron, y los fundamentos de la tierra quedaron desnudos bajo tus amenazas, oh Jehová, y bajo el soplo tormentoso de tu furor.

“Inclinóse desde lo alto y me tomó en sus brazos, y me retiró de las ondas salidas de madre: arrancóme de las garras de enemigos poderosos y de los que me aborrecian, cuando su fuerza iba á triunfar de la mia.....

“Las vías del Señor son rectas y puras: su palabra está acrisolada en el fuego. Él es el escudo para aquel que en él confia. ¿Quién es dios fuera de Jehová? Y ¿quién es el potente fuera de nuestro Dios? Él ha ceñido de fuera mis riñones, y ha aplanado y rectificado la senda que debo seguir. Ha dado á mis pies la velocidad del ciervo, y me ha colocado en alturas inaccesibles. Ha

dispuesto mis manos para el combate, y hecho de mis brazos un arco de acero.....

“Yo te alabaré en medio de los pueblos, Señor, y yo cantaré un himno en tu nombre; á tí, que has tan gloriosamente salvado al príncipe elegido por tí, y usado de misericordia para con David, tu ungido, y con su estirpe por todos los siglos.

“A tí, mi Dios y rey, mi poesía
 Celebrará, y eterno hará tu nombre:
 Bendiciones humildes cada día
 Te ofreceré con inmortal renombre.
 Con tu magnificencia y tu alabanza
 Nada es igual: inmensa es tu grandeza.
 De una generacion en otra alcanza,
 De tus obras la loa y de tu alteza.
 El decoro y grandeza de tu gloria
 Dirán y contarán tus maravillas;
 Fiel tu poder alabará la historia
 Y la fuerza terrible con que brillas.
 Grato sabor les dejará la hartura
 De tu bondad, con tu justicia ufanos;
 Hechiza la piedad y la blandura
 Del Señor con los míseros humanos.
 Igualmente con todos es suave:
 Obras no se ven de él que no lo indiquen.
 Juntas te alaben todas, y con grave
 Y dulce union tus santos lo publiquen.
 La gloria ensalzarán de tu reinado,
 De tu poder y tu magnificencia:
 Llamarán á los hombres, y en dechado
 Les propondrán su gloria y opulencia.
 Mas durable que el tiempo el señorío

Es de tu reino, y las edades pasa.
 No engaña en sus promesas: santo y pio
 El Señor en sus obras es sin tasa.
 Ocurre á sostener al que tropieza
 El Señor, y levanta al que ha caido.
 Puesto en tí ha sus ojos, su grandeza
 Dá oportuno alimento al desvalido.
 Cuantos por tí respiran, de tus manos
 Reciben abundantes bendiciones.
 Recto es en sus designios soberanos:
 Santo el Señor en todas sus acciones.
 Siempre propicio está al humilde ruego,
 Como le rueguen con verdad sincera:
 Temerosos le sirvan: verán luego
 Cómo su voluntad les cumple entera,
 Unan sus votos y serán oidos,
 Y los libertará de dura muerte.
 Vela el Señor sobre sus escojidos:
 Abandona los malos á su suerte.
 Yo lo alabaré siempre, y todo hombre
 Alaba sin cesar su santo nombre.

Alaba ánima mia
 Al Señor; miéntras viva y tenga aliento.
 Con acorde armonía
 Al son de mi instrumento,
 Alabar á mi Dios es mi contento.
 No pongas tu esperanza
 De príncipes terrenos en humano
 Favor que nada alcanza:
 Ni rey ni soberano
 Podrá darte salud, ni está en su mano.
 El alma se separa
 Vuelve el cuerpo á la tierra de que era,

Y en aquel día pára
En sueño y en quimera
Aquella pretension tan altanera.

¡Oh varon venturoso
El que al Dios de Jacob su auxilio fia,
Y con dulce reposo
Y con fé humilde y pía
De su Dios y Señor no se desvía!

Del que cielos y tierra
Hizo con sábia y poderosa mano,
Y de cuanto en sí encierra
Inmenso el Oceano,
Arbitro es y dueño soberano.

Del que es eternamente
Fiel y veraz, y al mísero que gime
Su mano prepotente
La suya lo redime,
Y pandá al pobre á quien el hambre oprime

Del que rompe en oscura
Prision los grillos; del que al ciego llar
Y rayos de luz pura
En sus ojos derrama;
Y levanta al caido y al justo ama:

Proteje al peregrino,
Al pupilo recoje: á la viuda
Dispensa su divino
Patrocinio y ayuda,
Y el plan del pecador trastorna y muda.

Este tu Dios eterno
Es, Sion, cuyo reino permanente
Con pródigo gobierno,
Con ley omnipotente
Tu gloria extenderá de gente en gente.

Aleluya.

Al Señor nuevo canto conviene
Cantar, que resuene
Hoy con tonos y música nueva;
De sus santos la Iglesia lo alabe;
Ningun otro sabe,
Fuera de ella ninguno se atreva.

Con su dueño y autor soberano
Alégrese ufano
Israel, y haga mil regocijos
A su Rey y Señor poderoso
Sion venturoso:
Con placer lo festejen sus hijos.

Dén aplauso á su nombre; sonoro
Repítalo el coro.
Al salterio y al tímpano unida
En acorde y armónica clave
La flauta suáve
Acompañe la voz repetida.

Pues tambien el Señor se complace
Y grato se hace
Con su pueblo, y en él se recrea;
Y por manso y humilde lo estima
Y en alto sublima,
Y le dá la salud que desea.

Rebosando gloriosa alegría
Los santos un día
Vivirán en eterna bonanza,
Descansados en paz y serenos
De males ajenos;
Y placer será todo y holganza.
La grandeza cantar yo los veo

Con dulce gorgceo,
De su Dios en garganta canora,
Y en sus manos aceros templados
De filos doblados,
Esperando que llegue su hora.

Para hacer, en llegando, la fiera
Venganza postrera
En naciones rebeldes y duras;
Para dar el condigno castigo
Al ódio enemigo
De los pueblos, y echar en oscuras,
En estrechas prisiones los reyes
Que hicieron sus leyes;
Y á su loca y altiva nobleza,
Dos á dos en horribles esposas,
Las manos briósas,
Con el hierro abatir su fiereza.

Aquel día será ejecutada
La ya decretada
Rigorosa sentencia, por ellos;
Que tal gloria dá Dios á sus santos,
Victoria de tantos
Enemigos, y triunfos tan bellos.

Aplausos inmortales
Dad al Señor, que reina en alto asiento
De luces eternas.
Sus loores resuene el firmamento,
Donde su fortaleza
Muestra, y su irresistible poderío.
Alabad la firmeza
De sus obras, y el alto señorío.
La inmensa muchedumbre
Cantad de su grandeza sin medida,

De la celeste cumbre
Al abismo sin término extendido,
La trompa ronca y grave
Retumba ya; respóndale sonora
La cítara suäve
Con el dulce salterio, y cada hora
Su alabanza resuene.
Al tímpano la flauta travesera
Y el órgano conviene
Y el laud añadir: de esta manera
Sus dotes soberanos
Ensalzad. En suave sinfonía
Acordes las campanas,
Las campanas con música, alegría
Lo aplaudan, y festiva
Gloria le dé cuanto respire y viva."

Dando á los hebreos la fuerza y la seguridad, preparó David el esplendor del reinado que debia seguirle. Habia ya por sí mismo acumulado grandes riquezas con el designio de edificar en Jerusalem un templo digno de su piedad, y, en cuanto fuese posible, digno del Eterno. Apénas es concebible para nosotros el cúmulo de oro, y de plata y de hierro, y de bronce, y de maderas preciosas, y de mármoles raros que poseia aquel monarca. Las combinaciones sociales de los antiguos pueblos, sobre todo en Oriente, llevaban todos los tesoros, así como todos los poderes, en manos de los gefes del Estado: la historia ha penderado su opulencia inaudita; la celebridad de su fausto ha pasado en todas las lenguas bajo la forma de proverbio. Además, las leyes de la antigua guerra despojaban al vencido de todos sus derechos y de todos sus bienes: su libertad, su vida misma quedaban al arbitrio del vencedor. David, pues, encontró un prodigioso botín en las regiones por donde paseó sus armas gloriosas, en la Idumea, en la Fenicia, en la Siria, en el país de los Amonitas y de los Moabitas. Y

aun cuando sufriese alguna reduccion la enorme cifra de las riquezas atribuidas á David, suponiendo posible algun error en la apreciacion comparativa de nuestras monedas con las hebreas, queda todavía muy cierto que el monumento famoso cuya construccion absorbió todos estos tesoros, no tenia igual en su magnificencia. Pero David no tuvo la gloria de levantarle por sí mismo, y debió legar este pacífico cuidado á un príncipe ménos guerrero. "Hijo mio, dijo á Salomon, yo pensaba levantar un templo en honor de Jehová, mi Dios; pero éste me ha hecho dirigir estas palabras: tú has derramado mucha sangre y dado muchos combates: á causa, pues, de toda esta sangre derramada delante de mí, no erificarás un templo." Pues que Dios ha cuidado siempre mucho de hacer respetar la existencia del hombre, porque esta existencia es grande. Solo al Eterno pertenece el medir nuestros dias; pero como es indispensable en último resultado que la fuerza venga en apoyo del derecho, quiso á lo ménos prevenir, en cuanto posible fuese, los arranques de la venganza y los excesos de la represion. Por esto ha rodeado la vida humana de una especie de aureola de proteccion, por manera que guarda un carácter augusto aun bajo la cuchilla de la justicia, y que la muerte dada á un hombre, por legítima que sea su causa, tiene casi cierta apariencia de profanacion. Y si una santa amnistía se levanta de los campos de batalla y refleja en rayos de gloria sobre el pecho de los valientes, es por la razon de que éstos expusieron generosamente su vida, no porque han quitado la de sus semejantes.

David procuró conservar con la prudencia lo que habia conquistado por la espada, haciendo infiltrar el espíritu de las instituciones nacionales en reglamentos aplicados á todos los ramos del servicio público. Despues de haber consolidado lo mas eficazmente que pudo la administracion de justicia, empleó su principal solicitud en aumentar la pompa de las fiestas religiosas. Poeta y músico á un tiempo, habia compuesto por sí mismo los himnos que resonaban en las ceremonias solemnes, é inventado alguno de los

instrumentos músicos, cuyo melodioso juego acompañaba la voz de los coros.

Tal es el origen de la mayor parte de las poesías reunidas y conocidas en la Iglesia bajo el nombre de Salmos de David. El dolor, la súplica, la alegría, la victoria, las acciones de gracias se exhalan en ellos con acentos íntimos, patéticos, elevados y embelésantes. Reinan allí por su turno la desolada tristura de la elegía, y el entusiasmo de la oda, la grave y penetrante dulzura del himno y del cántico. ¿Qué poeta mejor que David supo arrobar el pensamiento y descender hasta el fondo del corazon, para hacer vibrar sus inmortales fibras? ¿Quién á mayor altura llegó? ¿Quién tocó con mas delicado pulso? ¿Qué emociones secretas, qué misterios de sentimiento no se encuentran en todos sus conciertos, en todas sus notas, en todas sus voces? Grecia y Roma se conmovieron al ruido de las canciones armoniosas que referian batallas, ó tan solo juegos y placeres: pero el profeta de Sion traspasó los límites de las groseras y caducas realidades, y hace hablar una voz que llama y arrebató el alma á horizontes infinitos. Ora arrojando su mirada sobre los siglos ya agotados, ora volviéndola hácia los siglos futuros, preguntó á aquel libro sin fondo que se llama el corazon del hombre, y al otro libro radiante de gloria que, bajo el nombre de naturaleza, publica tan grandes maravillas. Depositario de los secretos del cielo y de la tierra, los repite con todo el poder de un lenguaje que cautiva la atencion de los pueblos. Pontífice universal, puso sobre su arpa el homenaje de todas las criaturas, desde la gota de rocío que bendice á Dios sin saberlo, hasta los ángeles que vuelan bajo los piés del Eterno, como las ruedas de un rápido carro. Él nos ha pintado al sol vestido de gloria, al mar balanceándose bajo el dedo de su Autor, los cielos extendiéndose como un pabellon de azul, las estrellas sembradas á lo léjos como una arena resplandeciente. Bardo de su nacion, cantó los trabajos de sus progenitores, el origen de la grandeza de Israel, el Sinaí iluminándose con la faz de Jehová, el Jordan huyendo de espanto hácia su cuna atónita, la Judea sonriendo